

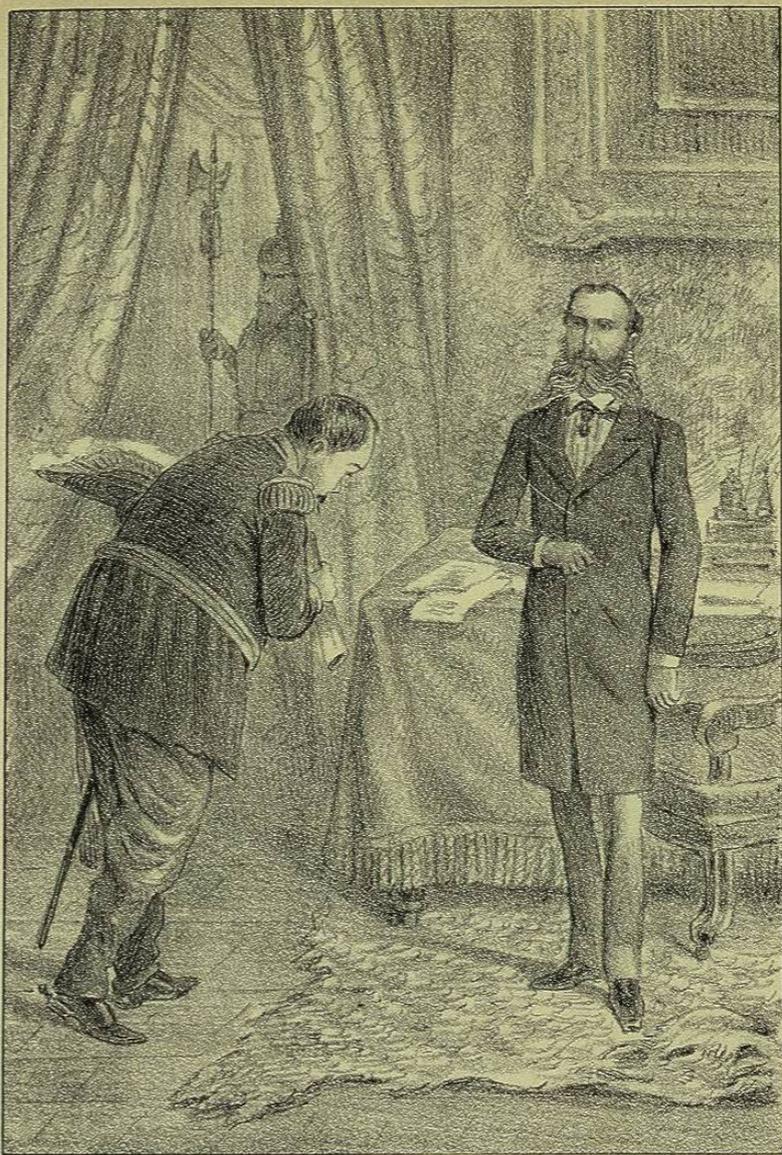
CAPITULO XVII

LAS PRIMERAS NUBECILLAS NEGRAS.

ENTRÓ Bazaine á Palacio seguido, como siempre, de su cortejo militar, se le hicieron los honores y, sin ceremonia, según lo tenía de costumbre en las varias veces en que hacía tales apariciones, se fué derecho á los aposentos de Maximiliano, encontrando todas las puertas abiertas. Ya el Emperador había sido advertido por las marchas tocadas abajo y por sus chambelanes de aquella, para él, inoportuna visita, y estaba de pié esperándole.

Bazaine se inclinó ante la magestad del pobre soberano con todas las reglas de la etiqueta cortesana y no tomó asiento sino cuando se le invitó dos veces seguidas para que lo tomara.

—Aprobado por V. M. el plan de campaña que le propuse hace unas cuantas semanas para pacificar el país, vengo á decir á V. M. que ya está dando los mejores resultados. Las contra guerrillas están limpiando de facciosos las inmensas zonas del Oriente y del Norte y las tropas regulares han encontrado pocos obs-



Bazaine se inclinó ante la magestad del pobre soberano, con todas las reglas de la etiqueta.

táculos en sus expediciones, de manera que la cuestión militar creo que estará terminada antes de tres meses.

—Sí, general, contesto Maximiliano, he visto los partes oficiales que se han publicado así como los confidentiales, mis agentes me han dado también informes muy interesantes, y estoy altamente complacido del gran servicio que están prestando al país las tropas francesas. . . . solo que. . . .

—¿Decía V. M.?

—Solo que deseaba hacer observar muy amistosamente á V. E. que algunos jefes como Marechal, Dupin, Combe y otros, se muestran demasiado severos no solo con los beligerantes, sino con las poblaciones.

—Ellos obran con arreglo á las facultades recibidas del Cuartel General.

—Sus proclamas son terribles: contienen siempre amenazas de muerte, de incendio y de exterminio.

—Y á veces no se limitan á amenazas, sino que ejecutan. . . . no lo puedo negar á V. M. Han ordenado el saqueo y han hecho desaparecer poblaciones rebeldes; pero la guerra es la guerra.

—De modo que no puede evitarse que se aniquile á las personas indefensas. . . . que mueran también las mujeres, los niños y los ancianos?

—Hay poblaciones tan hostiles que se necesita destruirlas por completo, si queremos cimentar el imperio sobre bases sólidas.

—Yo no quisiera cimentarlo en las bases del terror sino de la justicia. Yo mismo lo he ofrecido así en mis manifiestos y ahora dicen que con los hechos contradigo mis palabras más solemnes.

—Al presente ya no se puede retroceder en ese camino: serían capaces de atribuirlo á temor ó debilidad. Los jefes del ejército me han expresado diversas veces que tienen el convencimiento de que se conquistará la paz solo llevando la guerra á fuego y sangre en ciertos departamentos, y yo abundo en el parecer de mis subordinados.

—Está bien; pero al menos que no se publiquen esos terribles documentos que son otras tantas armas para nuestros enemigos, que las explotan aquí y en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos del Norte.

Bazaine se sonrió con una especie de lástima y dió luego otro giro á la conversación, diciendo:

—He recibido pliegos de la corte de Paris referentes á diversos asuntos relativos á México: el Emperador insiste mucho en dos de sus antiguas exigencias: una es referente á Sonora: quiere que del modo que se pueda, pertenezca á la Francia.

—Eso es imposible: estoy solemnemente comprometido á no dejar perder ni una pulgada de territorio: esa fué la base de todos nuestros convenios.

—No se pierde nada con la nueva combinación.

—¿Y qué combinación es esa?

—Se entrega á compañías francesas para que lo exploten.

—Que esas compañías hagan sus proposiciones. Hay tiempo para todo, una vez que dilata la pacificación de aquellas regiones.

—Arreglado ese punto, nada más fácil que mandar allí un poderoso cuerpo de ejército que en quince días limpie de bandidos. . . .

—Veremos, veremos más adelante. ¿Cuál es la otra exigencia?

—Que se elimine cuanto antes del poder á todo lo que sea clerical, que se llame á rodear el trono á los liberales menos corrompidos y que sin ambages se proclame la vigencia de las leyes de Reforma, siendo el complemento de esa política la convocación de un congreso.

—Todo eso tiene que hacerse poco á poco: apenas empiezo ahora á conocer las gentes y todos los dias recibo decepciones. Hasta ahora, según estoy viendo, el imperio es poco simpático á la Nación y necesito apoyarlo en los jefes de los grupos que lo proclamaron y lo trajeron.

—Esos son unos cangrejos, como los llama Mr. Barrés.

—Además, para seguir sosteniendo esas medidas luego que se retire el ejército francés, necesito una armada propia que hasta hoy no está organizada, ni hay síntomas de que se organice. ¿No es V. E. el encargado de formarla?

—Estamos ya manteniendo como unos quince mil haraganes que no nos sirven para nada, y dar armas á otros es tanto como criarnos otro enemigo que nos embarace.

—Creo que los mexicanos que son nuestros aliados han prestado buenos servicios en la guerra.

—Crea V. M. que sin ellos estaríamos mucho mejor. Sobre todo: un ejército de cincuenta mil hombres, que es lo menos que se necesita, cuesta dinero, y las cajas de V. M. no están muy abundantes. Si no fuera por el dinero francés no sé de qué viviéramos todos.

Maximiliano se mordió los labios y dijo reprimiendo un impulso de cólera y de despecho:

—Yo he venido aquí porque V. E. ha mandado millares de actas de adhesión á la monarquía y fiado en la seguridad que también daba en sus cartas de que todo el país me deseaba vivamente. Veo una contradicción entre esas noticias y la que se me da ahora, de que necesita la corona para sostenerse de cincuenta mil bayonetas.

—V. M. debe saber que yo soy soldado, que recibí ciertas instrucciones y que tuve que cumplirlas. La mayor parte de las actas que se remitieron á Miramar fueron casi firmadas á la fuerza y la guerra que estamos haciendo lleva todo el sello de una conquista. ¿No observa V. M. que la resistencia que se nos opone es bastante significativa?

—En efecto, contestó el Emperador dejando caer la cabeza sobre el pecho, se me ha hecho una comedia: he sido víctima de una superchería.

—¡Psé! Así es la política, el poder significa opresión: no se emplearon otros medios en Francia para que el actual Emperador pudiera llamarse Napoleón III.

Después de esto Bazaine habló á Maximiliano de otros asuntos menudos y al retirarse dejó un pliego en las manos de este, diciéndole:

—Aquí tiene V. M. las últimas disposiciones del Emperador á que tenemos que ceñirnos: es una copia fiel de las notas que he recibido y cuyos originales conservo.

Maximiliano tomó el papel maquinalmente, lo tenía aun en la mano y apenas Bazaine había desaparecido

cuando se alzo una cortina y apareció Mr. Eloin pálido como un muerto.

—Ese hombre es un insolente, dijo.

—¿Has oído? le preguntó Maximiliano tranquilamente.

—Todo: y he tenido que estarme conteniendo para no salir y lanzar un escupitazo á la cara de ese general francés.

—¿Qué significa eso? Reponte.

—Señor: la indignación y la ira dominan mi espíritu.

—Si has oído todo, ya sabes cuál es nuestra situación.

—La sabía desde antes como V. M. mismo; pero nunca pude imaginarme que ese hombre fuera tan irrespetuoso.

—Son dueños de la fuerza y el dinero y nos tienen á su discreción.

—Pues es necesario emanciparnos; urge, Señor, que les demos muestras de energía y urge, sobre todo, que el país vea que no somos cómplices de sus atentados.

—¿Qué es lo que tendremos que hacer para conseguirlo?

—Van á llegar las fuerzas austriacas y belgas que son enteramente nuestras, y que unidas á las mexicanas que son adictas á V. M., harán un buen núcleo de poder. Entre tanto, es preciso sostener con vigor nuestros nombramientos y disposiciones.

—Está bien, para eso eres mi secretario y consejero: discurre lo que creas que es conveniente hacer sin que signifique una ruptura con el general Ba-

zaine y ya sabes que cuentas con todo mi apoyo. La Emperatriz me espera, desde hace dos horas que solicitó verme y voy á sus habitaciones.

Maximiliano, con las solemnidades de la liturgia cortesana, se dirigió al departamento de Carlota que lo esperaba impaciente, y á una indicación de esta todas las personas que había presentes se retiraron y los dejaron solos.

—¿Me necesitas para algo? le preguntó el Emperador con llaneza.

La Emperatriz se inclinó y dijo con voz respetuosa en que se notaba, además, concentrado despecho:

—He solicitado una audiencia de V. M. y deseaba que me transmitiera sus órdenes para poderme presentar en su despacho.

—¿Por qué me hablas así? ¿no eres mi esposa?

—V. M. ha ordenado que vivamos separados, que no salga de mis habitaciones sin su permiso y tengo que acatar, como humilde vasalla, los decretos de mi Señor.

—Pero yo no he ordenado nada de eso: yo no he hecho mas que someterme también á los ceremoniales decretados por otros y que se estilan en todas las cortes.

—Sí, ya sé que el Sr. Eloin es el que nos divorcia.

—Eres tan soberana en tus departamentos como yo lo soy en los míos: cada cual puede tener así á su gusto sus cortesanos.

—Sí, eso es lo que has querido: recibir libremente á las damas mexicanas.

—¿Acaso estás celosa de ellas?

—¡Qué sé yo! Se empiezan á decir tantas cosas...

pero en todo caso yo no quiero ser una emperatriz pintada. No se puede reducir toda mi ambición de Miramar á venir á encerrarme aquí entre cuatro paredes.

—¿Quién pretende semejante cosa? Estando dentro del ceremonial, eres libre en todas tus acciones.

—Figúrese V. M. si podré estar contenta cuando una mujer á quien llaman la «Esmeralda» tiene más influencia que yo en la política. Ella sentencia á unos y saca á otros de las garras de los tribunales; ella consigue ascensos y nombramientos; ella tiene una corte de aduladores más copiosa que la nuestra.

—Sí, dicen que esa mujer ejerce grande influencia en el ánimo de Bazaine; pero ¿qué nos importa á nosotros?

—Que se empiece á ver bien que ella manda más que los soberanos.

—¿Y qué remedio?

—Quejarse á Napoleón III de esas iniquidades ó mejor aún, recobrar el mando supremo y hacerse obedecer de Bazaine y de todos.

Maximiliano se sonrió con amargura y Carlota continuó:

—Remover cielo y tierra si es preciso; pero en todo caso tomar á lo serio el papel que nos corresponde. ¿Somos aquí monarcas ó estamos representando una comedia?

—Nucho me sospecho que sea lo segundo.

—¿De manera que hemos recibido una corona para estar aquí tutelados por un simple general?

—Nuestro tutor es Bonaparte que nos ha dado un imperio, que nos paga un ejército para que nos sos-

tenga y que también nos ayuda con sus recursos y con su influencia.

—Pues creo que si queremos ser dignos de la consideración de nuestros vasallos y del respeto de las naciones, debemos renunciar á la vergüenza de estar tutelados.

—¿Y de qué manera?

—Diciéndole que se lleve á su ejército y á sus generales y nos dejen solos. Nos apoyaremos en los belgas y austriacos que no pretenderán mandarnos y en nuestros mismos súbditos á quienes podemos obligar á que nos quieran á fuerza de buenas acciones.

—Nuestros súbditos apenas nos conocen y, poco dispuestos han de estar á querernos, cuando ven que por causa nuestra se talan sus campos, se incendian sus habitaciones, se les juzga conforme á la ley marcial ó no se les juzga sino que se les siega por igual como si fueran mieses ó se les persigue y se les mata como á perros.

—Se hace todo eso con los malos, no con los buenos. En todas partes del mundo se castiga á los fascinerosos.

—¿Y crees tú que todos esos miles de hombres, desde Juarez para abajo son unos bandidos? No puedes creerlo cuando sabes que son los restos de un gobierno que había aquí establecido y que Napoleón III ha medio derribado con su ejército.

—¿De manera que nosotros somos usurpadores?

—Nosotros somos unos pobres instrumentos de Bonaparte.

—¿Entonces no merecen fé los tratados?

—Ningunos, mientras estén aquí Bazaine y sus soldados.

—Volvemos á lo mismo, lo que yo quiero, lo que yo deseo, lo que yo pido es que seamos verdaderos soberanos.

—¿Y en qué forma, si se opone á ello nuestra actual situación?

—Debíamos ir los dos juntos al corazón del país para que nos conocieran y trataran. Desde Veracruz acá los que ya nos conocen nos aman. Estas gentes rudas deben vernos de cerca para que hagan comparaciones entre nosotros y Juarez.

—Es imposible que tú vayas habiendo peligros, iré yo solo á visitar las principales ciudades.

—No me intimidan los peligros.

—Necesita quedarse uno de los dos para no abandonar todo el gobierno á Bazaine sin ningún contrapeso.

—Si es necesario me quedaré yo; pero juzgo indispensable conquistar voluntades personalmente.

—Te ofrezco que desde hoy mismo voy á dictar disposiciones para poder hacer un viaje seguro hasta las playas del Pacífico.

—Era todo lo que deseaba conseguir de V. M.

Los dos soberanos se despidieron menos amorosamente que cuando estaban en Miramar.

Por la noche el nervioso Maximiliano no podía dormirse: su imaginación estaba llena de sombras. En una de tantas veces en que se removió en su lecho exclamó medio dormido:

—¡Oh! ¡oh! Está preñado de nubes el cielo de mis esperanzas.